

Yaguna, el primer Mayagon de Rivero (la isla Inagua?); *Amaguayo* (el segundo Mayagon de Rivero?); *Manegua* (Manigua de Rivero; Mariguana de los mapas modernos?); Guanahaní, á la cual sitúa Ponce en latitud de 25° 40'. Parece que el famoso piloto de esta expedición, Antonio de Alaminos, determinaba todas las posiciones cerca de un grado más boreal, de suerte que su itinerario presenta próximamente la verdadera diferencia de latitud (3° 10') entre las islas Turcas, cerca de los Caicos, y San Salvador ó Guanahaní.

La última autoridad, muy importante y completamente desatendida hasta ahora en el debate sobre el lugar del primer desembarco en América, es Anghiera.

El noveno libro de la tercera década, escrito probablemente después de 1514, contiene grandes detalles geográficos relativos á Haití y Cuba, detalles que Anghiera

tierra que rodean los bajos en las islas Lucayas es notabilísima, y sería de desear que un geólogo distinguiera sobre el terreno lo que pertenece al levantamiento general de los *bancos* por las fuerzas que han obrado desde el interior del globo, empujando la corteza, y lo que es sencillamente efecto de las corrientes y del choque de las olas. Las formaciones terciarias y secundarias de la isla de Cuba son la base sobre la cual han construido los corales sus grandes edificios en los bajos de las Lucayas, ó esta base es una roca piroxena como en las pequeñas Antillas y en el mar del Sur? Sorprende ver que en la Indias Occidentales no existen esos bancos de corales circulares crateriformes, rodeando un lago salado (*lagoon*) con una ó varias salidas, acerca de los cuales los Sres. Chamisso y Beechey han llamado la atención de los físicos, y que existen en el Océano Pacífico y en el mar de la India, mientras en estos dos Océanos no se encuentran las formas alargadas semejantes á las lenguas de tierra del borde oriental (*windward side*) del Banco de Bahama.

debía á los relatos, á los mapas y á los cuadros de posiciones (*indice et tabellæ quibus præbetur fides à naucleris*, en español *padrón*) del célebre piloto Andrés Morales (*Océánica*, Dec. II, lib. X, pág. 200; Dec. III, lib. VII, página 277; lib. VIII, pág. 298). Ahora bien; Anghiera, que habia dado hospitalidad en su casa, como lo dice él mismo, á Cristóbal Colón, á Sebastián Cabot, á Juan Vespucci y á Andrés Morales, «distingue, por el conocimiento íntimo que tenía de las localidades, entre Guanahaní que llama *Guanaheni* (1) *insulam Cubæ vicinam*, y las islas que rodean Haití, hacia el Norte (*insule quæ Hispaniola latus septentrionale custodiunt*), y que, á pesar de ser favorables á la pesca y al cultivo, las desdeñaron los españoles como pobres y poco dignas de interés.» (*Océánica*, Dec. I, lib. III, pág. 37; Dec. III, lib. IX, página 308.)

Antes de terminar estos minuciosos detalles, relativos á la geografía de los primeros descubrimientos, debo

(1) Anghiera diserta acerca de la significación de la sílaba inicial *gua*, tan frecuente en los nombres geográficos y en los nombres propios de los Haitianos, cuyo idioma no difería mucho del de los *Yucayos* (habitantes de las islas Bahamas), y por ello el joven yucayo, natural de Guanahaní y bautizado en Barcelona con el nombre de Diego Colón, pudo servir de intérprete. (Déc. I, lib. III, pág. 43; Déc. III, lib. VII, pág. 285; MÜÑOZ, lib. IV, § 39; lib. V, § 273.) Probablemente el nombre entero de Guanahaní era significativo, como lo son todos los nombres geográficos vascos (ibéricos). Lo encuentro casi incluido en el nombre de la bella reina (ó mejor dicho, mujer de un jefe haitiano de la provincia de Xaragua) *Guanahattabenechena*, que, á pesar de las instancias de los monjes de San Francisco, se hizo enterrar con el cuerpo de su esposo. (Déc. III, libro IX, pág. 304.)

echar la última ojeada al mapa de Juan de la Cosa. Se ven en él las cuatro islas nombradas por Colón antes de llegar á Cuba, pero sólo tres tienen las denominaciones indígenas. La isla sin nombre, situada al Suroeste de Guanahani es probablemente Santa María de la Concepción. Debería estar situada al Sureste; pero como los indios de Guanahani que Colón encontró en la isla de Fernandina, habían pasado por la isla de Santa María, se la podía creer en esta misma dirección. La Fernandina está en el mapa de Cosa como Yumai (Exuma ó Ejuma), al OSO. de Guanahani, en vez de ser al SO. Al Sur de Yumai se ve Someto; es la Isabela de Colón, que también llama Saomete, Samaot y Saomet; finalmente, al Este de Someto (Long Island) y al Sureste de Guanahani, por tanto, en su verdadera posición, se encuentra la isla Samaná, nombre que ha conservado hasta hoy día.

El mapa de Juan de la Cosa, veintinueve años anterior al de Rivero, presenta estas posiciones de Yumai, Someto y Samana que Rivero no conocía, y reaparecen en el mapa del siglo XVII del veronés Pablo de Forlani (1). Juan de la Cosa sitúa al Norte de la Tortuga, una islilla Baaruco, y después una grande con el nombre de Haïti. ¿Será ésta la grande Inagua (2)

(1) *La descrizione di tutto il Peru*, mapa que comprende la América entera, desde la Florida hasta el estrecho de Magallanes, y en el que la ciudad de Quito está situada al Este del meridiano de Puerto Rico. El veronés Forlani sitúa como Rivero una isla *Guanima* al NO. de Guanahani. Este nombre también aparece en el itinerario de Juan Ponce de León. (HERR. Déc. I, lib. IX, cap. 11.) ¿Será Eleuthera?

(2) La ignorancia de las lenguas, los errores que esta ignorancia debía necesariamente producir, y acaso también el ma-

que en el orden de extensión relativa de las Islas Antillas está situada entre los 12° y 23°, inmediatamente después de Puerto Rico?

La verdadera Haïti tiene por nombre, en el mapa de Juan de la Cosa, *Española*, que es el que Colón le dió el 9 de Diciembre de 1492. Por regla general no emplea éste el nombre de Haïti en el Diario de su primer

licioso deseo de engañar á los extranjeros (deseo que es muy común, según he podido ver, en los indígenas del Orinoco cuando se les abruma á preguntas), infundieron probablemente en el ánimo de Colón la idea de que al norte de la Tortuga había una isla riquísima en oro llamada *Babeque* ó *Baneque*. En el Diario del Almirante está nombrado este Ophir catorce veces. La isla de Babeque es de considerable extensión, con grandes montañas, valles y ríos, y se llega á ella yendo más allá de la Tortuga al NE. Búscase en ella el oro durante la noche con antorchas en la playa. Los indios dicen que hay más oro en la Tortuga que en la Española, porque aquella está más cerca de Babeque, y hasta llegó á suponer Colón (el 17 de Diciembre de 1493) que no había minerales de oro ni en la Española ni en la Tortuga, sino que los llevaban á ellas de Babeque, á donde se podía llegar en un día. Todo esto prueba, contra lo dicho por Las Casas, que Babeque no es Jamaica, ni la Española ó *Boio*, como creía D. Fernando Colón, ni finalmente la tierra firme del Sur ó *Caritaba*, como supone Herrera. (Déc. I, lib. I, cap. 15.)

Recordaré de nuevo que comparando el Diario del Almirante (NAV. 63, 126) cuando habla de la deserción de Martín Alonso Pinzón por el propósito de llegar á la isla de Babeque ó Baneque, con las piezas del pleito entre D. Diego Colón y el fisco, donde la isla que Pinzón buscaba se la nombra *Babueca* ó *las siete islas de Babulca*, queda la persuasión de que *Babeque* ó *las islas Babeque* es un nombre colectivo aplicable á las islas y cayos al norte de Haïti, una extensión de la denominación *Bajos de Babucco* hacia el Oeste, en la dirección de la *Grande* y la *Pequeña Iguana*.

viaje de navegación, aunque Manuel Valdovinos, uno de los testigos en el pleito de D. Diego Colón, declara que los habitantes de Guanahani lo dieron á conocer á los españoles cuando el primer desembarco, el viernes 11 de Octubre de 1492. Cristóbal Colón, Anghiera y todos los escritores contemporáneos sólo emplean las palabras Española ó Hispaniola; Colón sólo menciona Haïti (*Hayti*) en su segundo viaje, y para aplicar esta denominación á una provincia de la Española, la más oriental y la más próxima á la provincia de Xamana (*Samaná*). Acaso una islilla próxima á la Española tuviera el mismo nombre que una de las provincias de ésta, porque en el mapa de La Cosa encuentro algo a Sureste de la islilla de Haïti, á que aludimos, otra isla llamada *Maguana*, nombre que igualmente corresponde á una de las provincias de la Española. (Pedro Mártir, *Océán.*, Déc. III, lib. VII, pág. 286.)

Cuando las denominaciones geográficas son *significativas*, indicando, por ejemplo, producciones naturales, determinados objetos de comercio (1) ó una propie-

(1) Colón habla de una isla *Goanin* (NAV., t. I, pág. 134), y *goanin* ó *guanin* es el nombre de una curiosa aleación de oro, plata y cobre que los primeros navegantes encontraron en manos de los indígenas, y con la cual hacían placas y armas. *Océánica*, Déc. I, lib. VII, pág. 104; HERRERA, Déc. I, lib. III, cap. 9.) Las *letras* que Colón dice haber visto grabadas en una placa de oro en la isla Fernandina (NAV., t. I, pág. 32), acaso fueran trazos hechos, como adorno, sobre *guanin*. Las Casas refiere (y el hecho es muy notable) que el *oro bajo* ó *guanin* de estas islas lo buscaban los indígenas por el olor; también se observó en Haïti y en Paria que el del latón ó cobre amarillo les parecía delicioso. (HERRERA, Déc. I, lib. III, cap. 11.) Una raza de hombres de color obscuro, llamados también hembres

dad de la superficie del terreno, pueden repetirse muchas veces donde existe el mismo idioma ó lenguas que se diferencien poco (1). Desgraciadamente la palabra Haïti en la lengua de esta comarca indica lo que es *áspero y montañoso* (2), y no puede aplicarse á la isla de la Grande Inagua, cuyas colinas, según las últimas medidas de M. Owen, apenas tienen de 15 á 20 toesas de altura.

No resuelve la dificultad convertir en *Iti* la islilla de Haïti, de La Cosa; porque el curioso itinerario del obispo Alejandro Geraldini (3), escrito en 1516, dice expre-

negros, que procedían del Suroeste y asoló algunas veces la isla de Haïti, poseía especialmente este oro *guanin*, en el que había 0,14 de plata y 0,19 de cobre. (*Relation historique*, t. III, página 400.) Ya hemos dicho que en el mapa de Rivero hay también una isla *Guanima* ó *Guanina* entre las Lucayas, isla que menciona Ponce de León en su itinerario.

(1) La isla de Cuba tiene, como la Española, un puerto de *Xagua*: una provincia de esta última isla se llamaba *Cubana* ó *Cubao*.

(2) PEDRO MÁRTIR, págs. 279 y 281.

(3) *Itinerar. ad regiones sub equinoctiali plaga constitutas Alex. Geraldini Amerini Episcopi, civ. S. Dominici apud Indos occid. opus, antiquitates, ritus et igitiones, populorum complectens, tunc primo edidit Onuphrius Geraldinus de Cate-nacciis auctoris abnepos*. Romæ, 1631, pág. 120. El Obispo había sido amigo y protector de Colón, antes de tener éste la protección de la reina Isabel. (CANCELLIERT, *Notizie di Crist. Colombo*, 1809, pág. 65.) Poseemos de él una petición en estilo lapidario rarísima, dirigida al papa León X (*Itiner.*, pág. 253), petición acompañada de muchos donativos que el cardenal Lorenzo Puccio debía ofrecer al Pontífice. Estos donativos eran ídolos (*deos illarum gentium Hispaniolæ immanes, qui publice toti populo responsa reddebant*), aves vivas (loros y un pavo, *gallus, in quo opus naturæ mirabile apparet; quotiens enim*

samente que *Iti* ha recibido el nombre de Española (la *Hispana* (1)),³ como dice la traducción latina de la

ritu à natura indito illi avium generi, cum magna conjugum pompa, corpore undique erecto, hinc inde ambit, varios toto capite colores, modo recidit, modo deponit. Imposible es describir más detalladamente el pavo; y la *gallina alba* que recibió León X al mismo tiempo era también sin duda una variedad de la misma ave. Como no es probable que Colón trajera pavos (*Meleagris*, Lin.) de la costa de Honduras á la Española; y la expedición de Hernández de Córdoba al cabo Catoche (*Conec Catoché*) y á Campeche (*Quimpech*), como la de Juan de Grijalva y del famoso piloto Alaminos á Cozumel y Yucatán, datan de 1517 y 1518, es de creer que los habitantes de las Antillas recibieron el ave de la América del Norte por las comunicaciones de los indios lucayos con la Florida. Las *galline pavonibus haud minores* que los compañeros de Colón vieron en el tercer viaje, en la costa de Paria (PETRUS MÆTIR, *De Insul. nuper inv.*, pág. 348), no eran pavos, porque no los había en la América Meridional, sino lo que los españoles llamaban *pavas del monte* (*Penclope, Merr*), que yo encontré en una región próxima á Paria, en las misiones de Caripe. Los modernos historiadores de la *conquista* de Méjico cometen el error de confundir estas aves con los pavos de Méjico y de los Estados Unidos. Al hablar Pedro Mártir del descubrimiento de Paria, nombra también los *anserces, anates et pavones sed non versicolores*; y añade: *A feminibus parum discrepare mares* (lib. IX, cap. CLXVIII. Véase también *Itinerarium Portugallensium*, 1508, cap. CIX, fol. 67).

(1) NAVARRETE, t. I, pág. 182. SOLÓRZANO (*de Ind. Jure* t. I, pág. 37) advierte atinadamente que *Hispaniola* es una falta de traducción de la palabra *Española*, *quod nomen*, añade, *exteri latinum reddere cupientes Hispaniolam verterrum*. Anghiera emplea siempre el diminutivo y lo defiende (*Ocean. Déc. III, lib. VII, pág. 281*) *cum vere Hispanam sive Hispanicam vertere debuissent*. En el *Itinerarium Portugallensium*, cap. CVI, llámase constantemente á Haïti *Insula Hispana*, lo mismo que en la cosmografía de Sebastián Munster.

carta de Colón al tesorero Sánchez); *Iti* y *Ha-iti* son indudablemente sinónimos. Los comentadores de las cartas de Vespucci, para poner á salvo su veracidad en la de 1497, admiten que el navegante florentino estuvo en una isla de *Iti*, que no es la Española, ó la *Iti* de Geraldini; sostienen también que Antilia, *quam paucis nuper ab annis Christophorus Columbus discooperuit* (son las propias palabras de Vespucci en la relación de su segundo viaje), es una tercer isla distinta de las que acabamos de nombrar (1). Esta hipótesis de la pluralidad de las islas *Hiti* ó *Haïti* creo que arroja alguna luz sobre la rareza que advertimos en el *mapamundi* de Juan de la Cosa; pero el razonamiento en que la hipótesis se funda es tan poco sólido como todo lo demás que se alega en favor de la opinión de que Vespucci hizo su primer viaje en 1497.

Tampoco puedo explicarme las dos banderas con las armas de Castilla y de León que Juan de la Cosa ha colocado con preferencia, no sobre la isla Guanahani, como debía esperarse á causa de la importancia histórica del primer desembarco y de la primera toma de posesión, sino sobre *Yumai* (la Fernandina) y sobre la pequeña isla de *Haïti*. Ninguna otra isla de todo el archipiélago de las Antillas tiene pabellones ó banderas de colores; y en las costas del continente inmediato hacia el Sur y el Norte la distribución de estas banderas parece también puramente accidental. Su verdadero objeto es sin duda impedir que se confundan los descubrimientos españoles de Colón, Ojeda y Vicente Yáñez

(1) CANOVAI, *Elogio di Amerigo Vespucci*, págs. 41, 102, 105, 108.

Pinzón, con los descubrimientos ingleses de Sebastián Cabot.

Nada más añadiré á esta disertación relativa á la geografía del siglo xv y principios del xvi. Distinguiendo las explicaciones conjeturales de lo que es incontestable y positivo, y evitando la confusión de los diversos órdenes de pruebas, queda establecido que la antigua opinión conforme á la cual el sitio del primer desembarco de los españoles está cerca de la orilla oriental del Gran Banco de Bahama, se conforma con las relaciones de los navegantes y con documentos que hasta ahora no habían sido consultados. Indispensable era fijar este punto recientemente controvertido, con tanto más motivo cuanto que, desde la misma época del gran descubrimiento, la dirección de la ruta seguida por los barcos en los primeros días del mes de Octubre (1492) parece haber influido en la distribución de las razas europeas en el nuevo continente y en los inmensos efectos á que ha dado lugar esta distribución, bajo el doble punto de vista de la vida religiosa y política de los pueblos.

El detalle minucioso de los hechos, elemento indispensable de toda discusión científica, fatiga siempre al lector, y sólo despierta interés cuando se relacionan los resultados obtenidos con un orden de ideas generales.

Al abarcar con el pensamiento el período histórico al cual imprimió Cristóbal Colón un carácter individual, y dió tanto esplendor, hemos procurado poner de relieve el talento de observación y la penetración de este grande hombre al examinar los fenómenos del mundo exterior. Hemos visto cómo el que revelaba al antiguo continente un nuevo mundo no se limitó á determinar la

configuración exterior de las tierras y las sinuosidades de las costas, sino que hizo además los mayores esfuerzos, privado como estaba de instrumentos y del auxilio de conocimientos físicos, para sondear las profundidades de la naturaleza y para *ver con los ojos del espíritu* (1) lo que parecía deber ser resultado de muchas vigiliasy largas meditaciones. Las variaciones del magnetismo terrestre, la dirección de las corrientes, la agrupación de plantas marinas, fijando una de las grandes divisiones climatéricas del Océano; las temperaturas cambiando, no sólo por la distancia respecto del Ecuador, sino también por la diferencia de meridianos; las observaciones geológicas acerca de las formas de las tierras y de las causas que las determinan, fueron los puntos en que principalmente ejerció afortunada influencia la sagacidad de Colón y la admirable exactitud de su juicio.

Pero por notables que sean estos dispersos elementos de geografía física, estas bases de una ciencia que empieza á fines del siglo xv, su verdadera importancia está en más elevada esfera; está en los efectos intelectuales y morales que un engrandecimiento súbito de la masa total de las ideas que poseían hasta entonces los pueblos de Occidente ha ejercido en los progresos de la razón y en el mejoramiento del estado social.

Hemos hecho ver cómo, desde entonces, penetró poco á poco en todos los rangos sociales nueva vida intelectual, nuevos sentimientos, esperanzas atrevidas y temerarias ilusiones; cómo la despoblación de la mitad del globo ha favorecido, sobre todo á lo largo de las costas

(1) Expresión familiar de Mr. de Buffón.

opuestas á Europa, el establecimiento de colonias que por su posición y extensión debían transformarse en Estados independientes y libres de escoger la forma de su gobierno; cómo, en fin, la reforma religiosa de Lutero, preludiando las reformas políticas, debía recorrer las diversas fases de su desarrollo en una región convertida en refugio de todas las creencias y de todas las opiniones.

En este complicado encadenamiento de las cosas humanas, el primer anillo es la idea ó, mejor dicho, la enérgica voluntad del marino genovés. En él comienza la influencia inmensa que el descubrimiento de América, de un continente poco habitado desde los tiempos históricos y acercado á Europa por el perfeccionamiento de la navegación, ha ejercido en las instituciones sociales y en los destinos de los pueblos que habitan las márgenes de la gran cuenca del Atlántico.

IX.

Los escritos de Cristóbal Colón.

Si es tarea agradable describir los trabajos y esfuerzos de un solo hombre que, al través de los tiempos, cambia poco á poco todas las formas de la civilización y extiende á la vez, según la diversidad de razas, la libertad y la esclavitud sobre la tierra, no tiene menos interés el estudio de los rasgos de un carácter que ha sido origen de acción tan poderosa y prolongada. Las cartas de Colón, escritas á D. Luis Santángel, al tesorero Sánchez y, en momentos más críticos, á la reina Isabel y á la nodriza del infante D. Juan, nos dan más cabal idea del célebre marino que los fríos extractos de sus Diarios de navegación, que su hijo D. Fernando y Las Casas nos han conservado.

En las cartas de Colón es donde se ven las huellas de los repentinos movimientos de su alma ardiente y apasionada; el desorden de ideas que, efecto de la incoherencia y de la extrema rapidez de sus lecturas, aumentaba bajo el doble influjo de la desgracia y del misticismo religioso.

He dicho antes que Colón, al lado de tantos cuidados materiales y minuciosos que enfrían el alma, conservaba